

1998

*Un jardín secreto*, ilustraciones de Guillermo de Gante, México, CONACULTA. Reimpresión 2001 por Trova.

*Un jardín secreto*

Salgo a la azotehuela. Veo las flores que sembró mi abuelita. Me parece oír un grillo detrás de sus helechos. Me acurruco en el zaguán.

Cuando mi abuela riega el patio, se queda mucho rato entre las plantas, piensa y piensa —a veces sonríe, a ratos se queda triste.

—Los viejos viven de puro recuerdo y los niños de puro sueño. Somos nosotros a los quienes toca tener los pies en la tierra— se queja mi mamá.

Yo me quedo mirando a la abuela —va con su agua, maceta por maceta. Canta quedito una canción que nunca he oído sino cuando ella canta.

Volteo a ver el cielo. En las nubes hay una hormiga; se hace gigante —el aire le voltea para arriba la nariz, le abre la boca grande, grande hasta que se vuelve ...un caballo, sí. Va saliendo detrás de un cerro, entre un rayo de luz. Deslumbrado, regreso los ojos al patio, allí el polvo baila visto a contraluz; una mota baja y cuando le soplo vuelve a subir dando vueltas de loca. No debo dejarla caer, si no, todo el día será de mala suerte.

Las manchas de humedad forman cráteres de volcanes en la pared, son playas llenas de espuma donde se descarapela la pintura, en otras partes parece que algo hierve entre los ríos que escurren de las macetas —el barro canta al chupar el agua.

—Mira, ven a oler esta maceta— dice mi abuelita. Cierra los ojos para que te acuerdes siempre a qué huele una madreSelva. Me acerco a la trompetilla desgarrada: huele dulce, como los polvos que ella ya no usa y guarda en su cajón, debajo de los pañuelos. Tiene olor a naranja suavecita y deslavada, huele como ella.

Oímos cantar un grillo, escondido en algún rincón.

—En todas las almas hay un grillo que quiere cantar cuando estamos solos —me dice en voz baja para no espantarlo—. Cuando uno está chamaco, canta con chirrido de invenciones; cuando ya se hace uno viejo, se le oye con oídos de recuerdo. Pero no vayas a creer, el grillo es siempre el mismo, no tiene edad.

Me quedo pensando, ¿cómo sería de joven mi abuela? ¿Cómo seré de grande? ¿Cuándo olería por primera vez la madreSelva?

—Acércate. Ésta huele a patio recién regado y a cocina limpia o mañanita fresca; se llama albahaca.

—Albahaca, albahaca —digo alargando la a como si la palabra tuviera un hueco adentro.

—Huele a muchacha que se compone para salir a la calle; a eso mismo les olían las trenzas cuando salían en la tarde,

nomás sonar la campana de la iglesia y las chicharras del campo. Los muchachos, en cambio, olían a tabaco sin quemar.

Mi mamá me llama. Entro. Mi abuelita se queda en el patio. La veo revolverse en la cabeza con las nubes y la pared descascarada, los olores y el polvo de oro contra el sol. —Esta criatura siempre está en la luna, papando moscas. Ándale, ya haz algo útil, pon la mesa —dice mi mamá. Acomodo los platos. Yo sé que ninguna helada, ningún encierro, ningún regaño podran secar estas macetas que huelo. Y ningún ruido, ningún grito callarán al grillo que solamente a mí me canta.

Los de afuera, ni se imaginan que tengo este jardín secreto (sólo mi abuelita sonríe, sigue regando, cantando en voz bajita, regando las macetas de malvones blancos que siempre florecen).